



# LOS PUEBLOS QUE EL TIEMPO OLVIDÓ

---

Trilogía de Caspak - 2

EDGAR RICE  
BURROUGHS

Entre mares helados, rodeado por acantilados inexpugnables, allá donde ningún hombre se ha atrevido a poner el pie, se alza una isla continente descubierta brevemente por un explorador italiano que le dio su nombre: CAPRONA, conocida por sus extraños habitantes como Caspak. Es la tierra que el tiempo olvidó, un rompecabezas evolutivo donde razas de hombres y animales juegan un extraño ritual que sólo puede tener dos resultados: la muerte o la ascensión a un plano superior.

De los dinosaurios a los mamuts, de los antepasados del Homo sapiens a los fantasmagóricos seres voladores que pueblan sus valles, cazadores y presas parecen proceder de un mismo limo primigenio que sigue sus propias reglas. Un mundo salvaje y violento, donde la vida no vale nada y los desdichados náufragos que llegan a sus junglas descubrirán que ni siquiera su tecnología de hombres de los albores del siglo veinte puede asegurarles una superioridad para la que tendrán que luchar a brazo partido, en todo momento, contra homínidos y bestias... Edgar Rice Burroughs le da la vuelta a las teorías de la evolución. El resultado, una aventura apasionante.

La segunda novela de la trilogía de Caspak, titulada «Los pueblos que el tiempo olvidó» («The people that time forgot»), retoma la acción justo donde se quedó la anterior. De acuerdo con una artimaña muy del gusto de Burroughs, la primera parte se había presentado como la transcripción de un diario que Tyler había conseguido sacar de Caprona, confiándola a las corrientes marinas en un termo. Así pues, una vez hallado, impulsa una operación de rescate, comandada por su secretario y compañero Tom Billings, con tan mala fortuna que en el vuelo de exploración (a bordo de un hidroavión llevado en piezas hasta la costa de Caprona) de Tom es atacado por Pterodáctilos y se estrella. Esto, al me-

nos, le permite conocer a Ajor, una bella ga-lu, junto a la que emprende el camino hacia el norte, atravesando el territorio de los Ala-lu (hombres sin habla), Bo-lu (hombres-maza), Sto-lu (hombres-hacha), Band-lu (hombres-lanza) y Kro-lu (hombres-arco), lo que le permite a Burroughs desarrollar un sistema evolutivo apenas insinuado en el fragmento anterior, según el cual cada individuo va pasando alternativamente por cada estadio evolutivo, permaneciendo en determinado territorio hasta que siente la llamada y es elevado hasta el estamento superior.

Por supuesto, no faltan las peleas con diversas bestias antediluvianas, ni el ga-lu traidor, que compite con Tom por la posesión de Ajor al tiempo que planea una revuelta contra su rey ayudado por un grupo de Kro-lu (en un desarrollo que presenta no pocas similitudes con la trama típica de Haggard, en que el explorador del exterior acaba interfiriendo con sus poderosas armas en un conflicto civil, en donde es fácil distinguir al bárbaro irredento del noble salvaje).

## Capítulo I

**M**e veo obligado a admitir que aunque había recorrido una larga distancia para entregar el manuscrito de Bowen Tyler a su padre, todavía me sentía un poco escéptico en lo referido a su sinceridad, ya que no podía dejar de recordar que no habían pasado demasiados años desde que Bowen fuera uno de los bromistas más notables de su *alma mater*. Lo cierto es que mientras estaba sentado en la biblioteca Tyler en Santa Mónica, comencé a sentirme un poco tonto y a desear haber enviado el manuscrito por correo en vez de entregarlo personalmente, pues confieso que no me gusta que se rían de mí. Tengo un sentido del humor muy bien desarrollado... cuando la broma no es a mi costa.

Esperábamos al señor Tyler sénior de un momento a otro. El último vapor de Honolulu había traído la información de la fecha de llegada prevista para su yate, el Treador, que ahora traía veinticuatro horas de retraso. El secretario del señor Tyler, que se había quedado en casa, me aseguró de que no había ninguna duda de que el Treador había zarpado según lo prometido, ya que conocía a su jefe lo bastante bien para estar seguro de que tan sólo un acto de Dios sería capaz de impedirle que hiciera lo que había planeado hacer. Yo también era consciente de que el telégrafo del Treador estaba sellado, y que sólo se utilizaría en caso de extrema necesidad. Por tanto, no había otra cosa que hacer sino esperar, y esperamos. Discutimos sobre el manuscrito y aventuramos algunas suposiciones referidas a él y a los extraños acontecimientos que relataba. El hun-

dimiento por un torpedo del barco en el que Bowen J. Tyler Jr. viajaba a Francia para unirse al cuerpo de ambulancias norteamericano era bien sabido, y por medio de un cable a las oficinas en Nueva York de los propietarios yo había podido establecer que una señorita La Rué se encontraba en efecto entre el pasaje. Aún más, ni ella ni Bowen aparecían mencionados en la lista de supervivientes: tampoco se habían recuperado sus cadáveres.

Era perfectamente posible que hubieran sido rescatados por un remolcador inglés, y la captura del U-33 enemigo por parte de la tripulación del remolcador no era descabellada tampoco; y sus aventuras durante el peligroso viaje que la traición y el engaño de Benson extendió hasta que se encontraron en aguas del lejano Pacífico Sur sin provisiones y con los depósitos de agua envenenados, aunque bordeaban lo fantástico, parecían bastante lógicas según eran narradas, caso a caso, en el manuscrito.

Caprona siempre ha sido considerada una tierra más o menos mítica, aunque fuera descubierta por un eminente navegante del siglo dieciocho; pero la narración de Bowen hacía que pareciera muy real, no importaba cuántas millas de desconocido océano se interpusieran entre nosotros. Sí, la narración nos hizo pensar. Estábamos de acuerdo en que en su mayor parte era improbable; pero ninguno de nosotros podía decir que nada de lo que contenía estuviera por encima de lo posible. Las extrañas flora y fauna de Caspak eran tan posibles bajo las densas y cálidas condiciones atmosféricas del cráter supercalentado como lo fueron en la era Mesozoica bajo condiciones casi exactamente similares, que entonces probablemente se extendían a todo el mundo. El secretario había oído hablar de Caproni y sus descubrimientos, pero admitía que nunca había dado mucho crédito a una cosa ni a otra. Estábamos de acuerdo en que lo que más costaba trabajo de entender era la total ausencia de humanos jóvenes entre las diversas tribus con las que

Tyler se había relacionado. Era lo único que no tenía sentido en el manuscrito. ¡Un mundo de adultos! Era imposible.

Especulamos sobre el probable destino de Bowen y su grupo de marineros ingleses. Tyler había encontrado las tumbas de dos de ellos; ¡cuántos más podrían haber perecido! Y la señorita La Rué... ¿podría una joven haber sobrevivido a los horrores de Caspak después de haber sido separada de todos los de su propia especie? El secretario se preguntaba si Nobs estaba todavía con vida, y ambos sonreímos ante esta táctica aceptación de la verdad de toda la increíble historia.

—Supongo que soy un bobo —observó el secretario—, pero por Júpiter, no puedo dejar de creerlo, y puedo ver a esa muchacha ahora, con el gran perrazo a su lado protegiéndola de los terrores de hace un millón de años. Puedo ver la escena entera: los simiescos hombres de Grimaldi acurrucados en sus sucias cuevas; los enormes pterodáctilos surcando el denso aire con sus alas de murciélago; los poderosos dinosaurios moviendo sus torpes moles bajo las oscuras sombras de los bosques preglaciares... los dragones que considerábamos mitos hasta que la ciencia nos enseñó que eran los auténticos recuerdos del primer hombre, transmitidos a través de incontables generaciones de padres a hijos desde el amanecer de la humanidad.

—Es estupendo... si es cierto —repliqué yo—. ¡Y pensar que posiblemente todavía estén vivos, Tyler y la señorita La Rué, rodeados de horribles peligros, y que posiblemente Bradley viva todavía, y algunos miembros de su grupo! No puedo dejar de desear continuamente que Bowen y la chica hayan encontrado a los demás; por lo último que supo Bowen de ellos, quedaban seis: el contraamaestre Bradley, el maquinista Olson, y Wilson, Whitely, Brady y Sinclair. Podrían albergar alguna esperanza si pudieran unir sus fuerzas. Pero separados, me temo que no podrían durar mucho.

—¡Si no hubieran dejado que los prisioneros alemanes capturaran el U-33! Bowen tendría que haber tenido más sentido y no haber confiado en ellos. Es muy posible que von Schoenvorst consiguiera regresar a Kiel y ahora mismo ande por ahí con una Cruz de Hierro colgada del cuello. Con un gran suministro de petróleo de los pozos que descubrieron en Caspak, con agua y provisiones de sobra, no hay ningún motivo para que no pudieran atravesar el túnel sumergido bajo los acantilados y escapar.

—No me caen nada bien —dijo el secretario—, pero a veces hay que reconocerles el mérito.

—Sí —gruñí yo—. ¡Y no hay nada que me guste más que reconocérselo como se merecen!

Entonces sonó el teléfono.

Lo atendió el secretario, y mientras yo lo miraba, vi que abría la boca y la cara se le ponía blanca.

—¡Dios mío! —exclamó mientras colgaba el receptor, como si estuviera en trance—. ¡No puede ser!

—¿Qué? —pregunté.

—El señor Tyler está muerto —respondió con voz apagada—. Murió en el mar, de repente, ayer.

Ocupamos los diez días siguientes enterrando al señor Bowen J. Tyler Sénior, y haciendo planes para el rescate de su hijo. Tom Billings, el secretario del difunto señor Tyler, se encargó de todo. Es la fuerza, la energía, la iniciativa y el buen juicio personificados. Nunca he visto a un joven más dinámico. Manejó abogados, juicios y notarios como un escultor maneja su barro para esculpir. Los manejó, les dio forma y los obligó a cumplir su voluntad. Había sido compañero de facultad de Bowen Tyler, y hermano de su fraternidad, y antes de eso había sido un pobre vaquero sin recursos en uno de los grandes ranchos Tyler. El señor Tyler Sénior lo había elegido entre miles de empleados y lo había ayudado; o más bien Tyler le había dado la oportunidad, y luego Billings se hizo a sí mismo. Tyler Júnior, tan buen juez de hombres como su padre, se había hecho ami-

go suyo, y entre los dos habían forjado a un hombre que habría muerto por Tyler tan rápidamente como lo habría hecho por su bandera. Sin embargo no había nada de extravagante ni de engreído en Billings: normalmente no muestro mi entusiasmo hacia nadie, pero Billings es lo más cerca que considero de cómo es un hombre normal y corriente. Me arriesgo a decir que antes de que Bowen J. Tyler lo enviara a la universidad nunca había oído la palabra ética, y sin embargo estoy igualmente seguro de que en toda su vida no ha transgredido nunca el código ético de un caballero americano.

Diez días después de que desembarcaran el cadáver del señor Tyler del Toreador, zarpamos al Pacífico en busca de Caprona. Éramos un grupo de cuarenta, incluyendo al capitán y la tripulación del Toreador; el indomable Billings iba al mando. Hicimos una larga y aburrida búsqueda de Caprona, pues el viejo mapa que el secretario había localizado por fin era impreciso. Cuando sus ominosas murallas por fin se alzaron ante nosotros entre las brumas del océano, estábamos tan lejos al sur que era difícil decidir si nos encontrábamos en el Pacífico Sur o en la Antártida. Los icebergs eran numerosos, y hacía mucho frío.

Durante todo el viaje Billings había evadido las preguntas referidas a cómo íbamos a entrar en Caspak después de que encontráramos Caprona. El manuscrito de Bowen Tyler dejaba perfectamente claro que el río subterráneo era el único medio de entrada o salida al mundo-cráter más allá de los inexpugnables acantilados. El grupo de Tyler había podido navegar por este canal porque su navío era un submarino: pero el Toreador podría haber volado con la misma facilidad por encima de los acantilados que navegado bajo ellos. Jimmy Hollis y Colin Short mataron muchas horas inventando planes para superar el obstáculo que suponía aquella barrera de acantilados, y haciendo ridículas apuestas sobre cuál de ellas tenía en mente Tom Billings.

Pero en cuanto nos aseguramos de que habíamos llegado a Caprona, Billings nos convocó a todos.

—No tenía sentido hablar de estas cosas hasta que encontráramos la isla —dijo—. En el mejor de los casos, no pueden ser sino conjeturas por nuestra parte hasta que hayamos podido escrutar la costa de cerca. Cada uno de nosotros se ha formado una imagen mental de la costa caproniana a partir del manuscrito de Bowen, y no es probable que haya dos imágenes iguales, o que ninguna de ellas se parezca a la costa tal como la vemos. Tengo previstos tres planes para escalar los acantilados y los medios para ejecutar cada uno de ellos están en la bodega. Hay un torno eléctrico con suficiente cable aislante para llegar desde las dinamos del barco a lo alto del acantilado cuando el Treador esté anclado a distancia segura de la costa, y suficientes varas de hierro de media pulgada para construir una escalera desde la base a lo alto del acantilado. Sería un trabajo largo, duro y peligroso taladrar los agujeros e insertar los peldaños de la escalera desde el pie hasta arriba: sin embargo, puede hacerse.

»También tengo un mortero con el que podríamos lanzar un cable hasta la cumbre del acantilado: pero este plan necesitaría que uno de nosotros escalara hasta lo alto con la posibilidad más que aparente de que la cuerda se cortara en lo alto, o que los ganchos del extremo superior resbalaran.

»Mi tercer plan me parece el más factible. Todos han visto el gran número de cajas que introdujimos en la bodega antes de zarpar. Sé que lo hicieron, porque me han preguntado por su contenido y comentaron qué significaba la gran letra «H» pintada en cada caja. Esas cajas contienen las partes de un hidroavión. Propongo montarlo en la franja de playa que se describe en el manuscrito de Bowen... la playa donde encontró el cadáver del hombre simiesco, suponiendo que haya suficiente espacio sobre el agua. De lo contrario, tendremos que montarlo en cubierta y bajarlo

por la borda. Después de que esté montado, llevaré cuerda y aparejos a lo alto del acantilado, y luego será relativamente simple subir al grupo de búsqueda y sus suministros de manera segura. O puedo hacer un número suficiente de viajes y desembarcar a todo el grupo en el valle más allá de la barrera: todo dependerá, naturalmente, de lo que revele mi primera exploración.

Ésa tarde navegamos lentamente a lo largo de la alta barrera de Caprona.

—Ahora ven ustedes —observó Billings mientras doblábamos el cuello para observar la cumbre situada a cientos de metros sobre nosotros—, lo inútil que habría sido perder el tiempo elaborando los detalles de un plan para superar esta barrera —e indicó con el pulgar los acantilados—. Harían falta semanas, probablemente meses, para construir una escala hasta la cima. No imaginaba su formidable altura. Nuestro mortero no podría llevar una cuerda a la mitad de la cima del punto más bajo. No tiene sentido discutir otro plan más que el del hidroavión. Localizaremos la playa y nos pondremos manos a la obra.

A la mañana siguiente el vigía anunció que podía ver olas a una milla por delante: y al acercarnos, vimos la línea de la rompiente de una estrecha playa. Arriamos un bote, y cinco de nosotros desembarcamos, dándonos un chapuzón en las aguas heladas al hacerlo; pero fuimos recompensados por el hallazgo, cerca de la base del acantilado, de los huesos mondados de lo que podría haber sido el esqueleto de una orden superior de simios o de una orden muy baja de hombre.

Billings se dio por satisfecho, igual que el resto de nosotros, de que ésta era la playa mencionada por Bowen, y después descubrimos que había espacio de sobra para montar el hidroavión.

Tras haber tomado su decisión, Billings no perdió el tiempo, y antes de media tarde habíamos desembarcado todas las grandes cajas marcadas «H», y nos dispusimos a

abrir las. Dos días más tarde el avión estaba montado y puesto a punto. Cargamos aparejos y cuerdas, agua, comida y municiones, y luego cada uno de nosotros imploró a Billings que nos dejara ser su acompañante. Pero él no quiso llevar a nadie. Así era Billings: si había un trabajo especialmente difícil o peligroso que hacer, Billings siempre lo hacía él mismo. Si necesitaba ayuda, nunca pedía voluntarios: sólo seleccionaba al hombre u hombres que consideraba mejores cualificados para el trabajo. Decía que consideraba que los principios donde se entendía que todos eran voluntarios era fundamentalmente equivocado, y que le parecía que pedir voluntarios reflejaba el valor y la lealtad de todo el mando.

Empujamos el avión hasta el borde del agua, y Billings ocupó el asiento del piloto. Hubo un momento de retraso mientras se aseguraba de que tenía todo lo necesario. Jimmy Hollis repasó su armamento y municiones para asegurarse de que no se había omitido nada. Además de la pistola y el rifle, contaba con la ametralladora montada en el avión, y munición para las tres. El relato de los terrores de Caspak que había hecho Bowen nos había impresionado a todos y éramos conscientes de la necesidad de tener los medios de defensa adecuados.

Por fin todo estuvo preparado. El motor arrancó, y empujamos el avión contra las olas. Un momento después, y el avión navegaba mar adentro. Suavemente se elevó de la superficie del agua, ejecutó una amplia espiral mientras ascendía veloz, trazó un círculo muy por encima de nosotros y desapareció sobre la cima de los acantilados. Todos permanecimos en silencio y expectantes, los ojos pegados en la torre que se alzaba sobre nosotros.

Hollis, que ahora estaba al mando, consultaba su reloj de muñeca a intervalos frecuentes.

—¡Tranquilo, tendremos noticias tuyas dentro de poco!  
—exclamó Short.

Hollis se rió, nervioso.

—Se marchó hace sólo diez minutos —anunció.

—Parece una hora —replicó Short.

—¿Qué es eso? ¿Habéis oído? ¡Está disparando! ¡Es la ametralladora! ¡Oh, Dios, y nosotros aquí tan indefensos como un puñado de ancianas a mil kilómetros de distancia! No podemos hacer nada. No sabemos qué está pasando. ¿Por qué no dejó que uno de nosotros lo acompañara?

Sí, era la ametralladora. Pudimos oírla claramente durante al menos un minuto. Entonces se produjo el silencio.

Eso fue hace dos semanas.

No hemos tenido noticias ni señales de Tom Billings desde entonces.

## Capítulo II

**N**unca olvidaré mis primeras impresiones de Caspak mientras sobrevolaba los altos acantilados que la rodean. Desde el avión contemplé, a través de la niebla, el paisaje difuso a mis pies. La atmósfera caliente y húmeda de Caspak se condensa al ser empujada por las frías corrientes de aire antárticas que barren la cima del cráter, enviando un tenue lazo de vapor al Pacífico. A través de esto la imagen producía la impresión de un colosal lienzo impresionista con verdes y marrones y escarlatas y amarillos rodeando el azul profundo del mar interior... apenas manchas de color brotando de la bruma impenetrable.

Me acerqué a los arrecifes y los sobrevolé durante varios minutos sin encontrar la menor indicación de un lugar adecuado donde aterrizar; y entonces descendí a un nivel inferior, buscando un claro cerca del pie del poderoso promontorio. Pero no pude encontrar ninguno seguro. Volaba ya bastante bajo, no sólo buscando un sitio para aterrizar sino observando las múltiples vidas que había a mi alrededor. Me hallaba hacia el sur de la isla, donde un brazo del lago se extiende tierra adentro, y podía ver la superficie del agua literalmente negra con criaturas de algún tipo. Estaba demasiado lejos para reconocer a los individuos, pero la impresión general era la de un enorme ejército de monstruos anfibios. La tierra estaba casi igualmente viva con seres que reptaban, corrían, saltaban o volaban. Fue uno de estos últimos quien casi acabó conmigo mientras tenía puesta la atención en la extraña escena de abajo.

La primera impresión que tuve fue la súbita desaparición de la luz del sol encima, y cuando alcé la cabeza vi a la más terrible criatura cerniéndose sobre mí. Debía tener más de dos metros y medio desde el extremo de su largo y horrible pico hasta la punta de su gruesa y corta cola, con una distancia igual entre sus alas. Venía directamente hacia mí y siseaba terriblemente: pude oírlo por encima del rugido del motor. Venía derecho hacia la boca de la ametralladora y la golpeó con el pecho: pero siguió atacándome, y no tuve más remedio que descender y girar, aunque estaba peligrosamente cerca del suelo.

La criatura no me alcanzó por unos pocos metros, y cuando me elevé, giró y me siguió, pero sólo hasta el aire más frío cercano al nivel de la cima de los acantilados: allí volvió a girar y se marchó. Algo (el amor natural del hombre por la batalla y la caza, supongo) me impulsó a perseguirla, y por eso yo también di la vuelta y descendí.

En el momento en que llegué a la cálida atmósfera de Caspak, la criatura vino de nuevo al ataque, alzándose para poder cernirse sobre mí. Nada podría haber venido mejor a mi armamento, ya que la ametralladora apuntaba hacia arriba en posición fija y no podía ser bajada ni elevada por el piloto. Si hubiera traído a alguien conmigo, podríamos haber abatido al gran reptil casi desde cualquier posición, pero como la manera de atacar de la criatura era siempre desde arriba, siempre me encontraba preparado con una andanada de balas. La batalla debió durar un minuto o más antes de que el animal girara por completo en el aire y cayera al suelo.

Bowen y yo fuimos compañeros de habitación en la universidad, y aprendí mucho de él además de mi curso regular. Era un estudiante bastante bueno a pesar de su gusto por la diversión, y su *hobby* particular era la paleontología. Solía hablarme de las diversas formas de vida animal y vegetal que habían cubierto el globo durante eras anteriores, y por eso yo estaba bien familiarizado con los peces, anfi-

bios, reptiles y mamíferos de épocas paleolíticas. Sabía que el animal que me había atacado era una especie de pterodáctilo que tendría que haberse extinguido hace millones de años. Fue todo lo que necesitaba para comprender que Bowen no había exagerado nada en su manuscrito.

Tras haber eliminado a mi primer enemigo, me dispuse una vez más a buscar un sitio donde aterrizar cerca de la base de los acantilados más allá de los cuales me esperaba mi grupo. Sabía lo ansiosos que estarían, y yo estaba igualmente deseando tranquilizarlos y traerlos a Caspak junto con nuestros suministros, para poder dedicarnos a buscar y rescatar a Bowen Tyler, pero el cadáver del pterodáctilo apenas había acabado de caer cuando de pronto me vi rodeado de al menos una docena de horribles criaturas, unas grandes, otras pequeñas, pero todas empeñadas en destruirme.

No podía enfrentarme a todas, así que me elevé rápidamente para dirigirme a los estratos más fríos donde no se atrevían a seguirme; y entonces recordé que el relato de Bowen indicaba claramente que cuanto más al norte se viajaba en Caspak, menos eran los terribles reptiles que hacían imposible la vida humana en el extremo sur de la isla.

Parecía que ahora no podía hacer otra cosa sino buscar un lugar de aterrizaje más al norte y luego regresar al Toreador y transportar a mis compañeros, de dos en dos, por encima de los acantilados y depositarlos en el punto de encuentro. Mientras volaba hacia el norte, la tentación de explorar me abrumó. Sabía que podía cubrir fácilmente Caspak y regresar a la playa con menos combustible del que tenía en mis depósitos; y además existía la esperanza de que pudiera encontrar a Bowen o a alguien de su grupo. La amplia expansión del mar interior me atraía sobre sus aguas, y mientras lo cruzaba, vi en cada extremo del gran cuerpo de agua una isla: una al sur y otra al norte; pero no alteré mi curso para examinarlas de cerca, dejándolo para un momento posterior.